

A Don Claudio, con todos los honores.

Por Marcos Carmena

Gentleman – rider y devoto aficionado a las carreras de caballos.



A MODO DE PREAMBULO

“Llegó en 1957, fichado por el experto cazador de figuras hípicas, Vicente Díez.

Nadie puede poner en tela de juicio su competencia, alegando que su historial es brillante por haber actuado con los mejores ejemplares del hipódromo, porque le hemos visto ganar con medianos y hasta con los peores. Una tarde, en la pista de La Zarzuela, le encomendaron la ingrata tarea de tener que conducir a cierta yegua mediocre, de mala cabeza, con querencia a disminuir su galope en determinado lugar. Carudel, al llegar al mencionado sitio, lejos de fustigarla le acarició el cuello, se hizo con ella y con tacto exquisito se apuntó la victoria ante el asombro de las gentes.

Carudel posee la virtud de ser comedido en sus costumbres, se preocupa de permanecer en peso, aunque los años transcurran. Es de los jinetes menos aparatosos del turf actual. Por regla general sabe situarse en cabeza, colocarse en posición privilegiada, para en los últimos trancos exhibir su destreza usando el látigo con mesura. (...)

Si Carudel continua con nosotros, tal vez llegue el día en que sea el primero en aproximarse al record que actualmente está en manos de Victoriano Jiménez, con 17 victorias distribuidas, casi por igual, entre los grandes premios de Madrid y San Sebastián.”

(Fragmento del libro “Las carreras de caballos en España, 1916-1966. Jaime Fuentecilla. 1966).

Y vaya si continuó con nosotros. Hasta el punto de convertirse en toda una leyenda del turf español, un turf pequeño, modesto, pero no por ello menos difícil, porque a nadie le regalan nada y la mezquindad puede llegar a todos sus rincones; pero también, más encantador, porque todo ese maravilloso microcosmos está al alcance de la mano a poco que sepamos extenderla con cariño y afición.

Las páginas que tienen en sus manos plasman los sueños y los recuerdos de un niño que se hizo adulto con pretensiones de jinete y que tuvo muy claro desde el primer momento que nuestro protagonista era un auténtico modelo a seguir. Pues Claudio Carudel, jockey inolvidable, representa cuando menos la cara más amable de nuestras carreras. Se trata pues de un personal homenaje que espero que tomen como propio la mayor parte de los aficionados.

¡Salud Don Claudio! Que te guste esta particular representación de tu brillante trayectoria ecuestre.

ACTO PRIMERO.

- ¡Despierta! ... ¡Corre, despierta! ¡Que esta Carudel tomándose un café en el comedor con papá!...Acaban de llegar de los galopes. Anda, vamos, que no tienen mucho tiempo.

Aquel niño de 5 años veía interrumpidos sus sueños de forma brusca pero como un resorte, al oír pronunciar tan mágico nombre, apartaba las sabanas, se cogía su batín, pues las formas no se deben perder ni aun cuando las prisas aprietan, y corría por el pasillo con un mezclado sentimiento de orgullo y vergüenza.

- ¡Toma ya, ha venido Carudel a casa!...

Y allí estaba, con su amplia sonrisa, interrumpiendo una amena conversación para dar la correspondiente atención al benjamín de la casa.

- Hombre, mira quien está aquí... ¡Buenos días!

Y a continuación el padre, con un no disimulado orgullo, le decía a su vástago:

- Anda, enséñale a Claudio como tiene que montar el domingo...

Dicho y hecho; allá iba el chaval hacia el viejo sillón del comedor como alma que lleva el diablo y de un salto se encaramaba al largo brazo del mueble, adoptaba la posición de jockey y empezaba a arrear como un poseso ante las carcajadas de tan ilustre visita y de su padre.



Como podrán imaginar ese niño que hoy peina ya algunas canas no era otro que un servidor. Han pasado unos cuantos años, pero vivencias así no se olvidan nunca, nada más y nada menos que dar lecciones al Maestro... (sí, con mayúsculas). Así que no esperen que sea objetivo en las próximas líneas. Pretender lo contrario sería un imposible.

Desde mi mas tierna infancia tuve la oportunidad de hojear una y mil veces esos viejos programas, ordenados por años y elegantemente encuadrados con cubiertas verdes. Desde luego que para mí representaban uno de los más preciados tesoros de nuestra vivienda de Chamberí. En Alazán, Galope, Gran Premio, El Jockey o en recortes de otras revistas y periódicos, repasaba sin saberlo parte de la historia del turf hispano, plasmado en blanco y negro, sepia e incluso en tinta azul. Entre cientos de imágenes siempre me llamó la atención la elegancia de ese jinete venido de la vecina Francia llamado Carudel, un habitual de la puerta de ganadores, casi siempre mostrando una cara amable y simpática, a pesar de esa delgadez de la que hacen gala los jockeys en plena forma.

En estas páginas conocí a la alazana Abe de Fuego, de la Cuadra Gandarias, cuyos colores tenían en la gorra un curioso trébol verde según me habían contado. La anécdota es que era un Abe con "b" pues la yegua en cuestión, con quien ganó Carudel en 1959 su primer gran premio en España, tenía ese nombre en honor a una artista de cine llamada Abe Lane.

DEPOSITO LEGAL, M. 197-1998.



Gran Premio

CARUDEL

Se necesitan apenas algunas palabras para justificar este frontis de nuestro primer número primaveral. Harto ganada la distinción por el "jockey" en el que refugia sus esperanzas últimas tanto apostante. Claude Carudel viene hoy aquí, a todo honor, sobre Pinols, el simpático pura sangre de las tres victorias consecutivas, en feliz metamorfosis. Del jinete, en cambio, sólo se nos ocurre escribir: Montó como siempre.

Madrid, 7 marzo 1959
AÑO III - NUM. 58

5
PESETAS

(Foto Borán.)

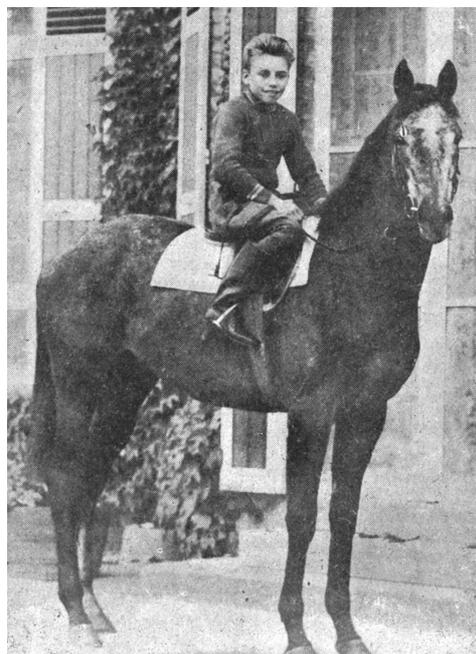


No sabía si ese trébol verde le había concedido un don especial, porque el rubio jockey de allende los Pirineos empezó a ganarse desde los primeros momentos el aprecio de profesionales y aficionados, a tenor de las portadas que de vez en cuando le dedicaban en las publicaciones hípcas de la época.

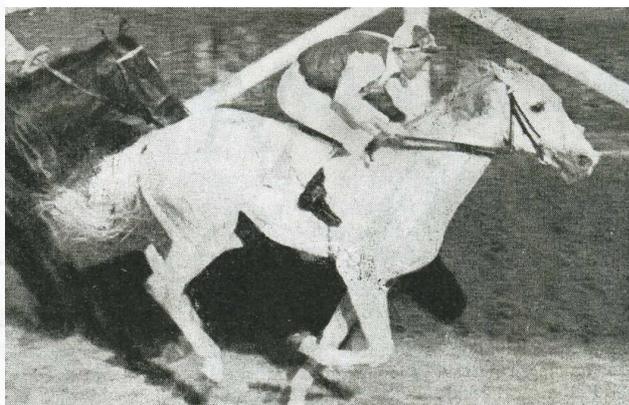
Páginas y páginas de memorias pasadas plasmadas en papel que mi padre se encargaba de aderezar con los jugosos comentarios de quien ha sido testigo directo. Así supe por ejemplo, que ese Pinols sobre el que aparece Carudel ha sido uno de los caballos de carreras más inteligentes que ha montado el jockey en su vida profesional.

Todo hay que decirlo, nuestro protagonista no fue profeta en su tierra, si bien, que hermosa ilusión destilaba en sus tiempos de aprendiz... No podemos decir otra cosa viendo su pose en un anónimo día de entrenamientos. Me dijeron que cuando Claudio vio esta foto aparecida en un número de la revista Galope en 1954, se la quería llevar, cosa a la que mi familia se opuso de forma rotunda. Y lo que son las cosas, ese tordo de nombre Mongolí II era un prometedor tres años hijo de Migolí que Ramón Beamonte tenía en entrenamiento en París.

Quien le iba a decir a ese jovencito que terminaría emigrando al país del propietario de tan apuesto potro y que montaría y triunfaría con algunos de sus mejores caballos.



La simpatía que destilaba la figura del que empezaba a ser un insigne caballero se manifestaba con esa sonrisa que generosamente regalaba a la afición que le veía actuar en directo domingo tras domingo con ese estilo inconfundible marcado por los mejores jockeys galos de la época, especialmente por Poincelet, que hoy nos parece obsoleto. Estribando largo, aunque no tanto como los jockeys españoles de aquellos tiempos, con riendas generosas; pero estético, eficaz y amable con los caballos. Así lo parece expresar el tordillo Nerko, perteneciente a la potente Cuadra Beamonte, que como el caballo blanco de Santiago, volaba hacia la victoria en la imagen de la revista Gran Premio. No olvidemos que en aquellos tiempos no había cajones de salida, las salidas se daban con cintas elásticas y banderazo y el dominio de un nervioso corcel pasaba por no escatimar la seguridad a lomos del mismo.



Los éxitos no tardarían en repetirse. Profesionalidad, dedicación y talento quedaban patentes en las mañanas de galopes y en las tardes de carreras. Los arcos de las tribunas de La Zarzuela dan buena fe de ello en una olvidada fotografía de una mañana de galopes en 1960.



(Foto colección particular).

Es la imagen del trabajo diario, tan ajeno a la mayor parte de los aficionados que juzgan justa e injustamente los éxitos y los errores en los días de carreras. Pero Claudio Carudel daba pocas ocasiones para la queja y muchas para el aplauso. Y siempre, esa cara amable, que parece tener una consideración especial al noble bruto, en este caso el hermoso Wildsun, un crack defensor de los colores blanquiverdes de Ramón Beamonte con el que conseguiría en 1959 su primer Derby y su primer Gran Premio de Madrid.



(Foto colección particular)



Carudel tuvo la oportunidad de medirse con algunas de las grandes fustas españolas de otras épocas. Así, estuvo presente en la carrera despedida del gran Victoriano Jiménez, una figura desde los tiempos anteriores a la Guerra Civil. También se le pudo ver disputar la llegada del Premio

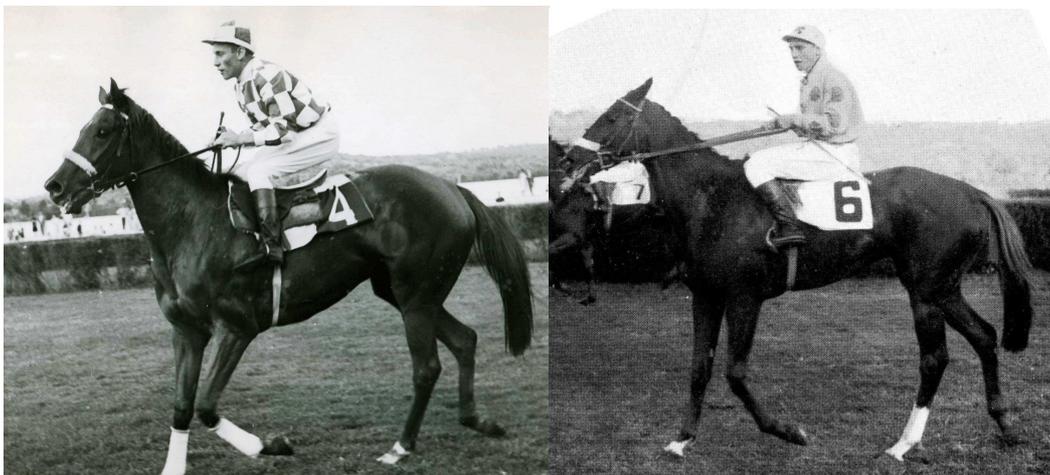
Domeq de 1961 con el mismísimo Beraguistain, abuelo materno de nuestro conocido Tolo Gelabert. Por cierto, el padre de este último, Bernardo, también participó en la prueba de la que da buena fe la foto “iluminada” de la revista Gran Premio. En ella, Valdano, de la Cuadra Barreiros y con unos ligerísimos 42 kilos resistía el acoso del veterano de 6 años Kymris, con un Carudel empleándose a tope.



Claudio también conoció la impotencia de medirse contra el gran Caporal, aquel monstruo de la Yeguada Figueroa que no daba cuartel a sus rivales. En mi casa, hablar de Caporal, era hablar de una divinidad equina. Que hermosa foto la del libro de Jaime Fuentecilla, que refleja la emoción de aquel

Gran Premio de Madrid de 1961. Caporal ya está al frente en el primer paso por meta a pesar de ser claramente retenido por su jinete Perkins, no dando opción a ninguno de sus contrincantes, incluido un preocupado Carudel a lomos del careto Angkor, que intentaría atosigar durante todo el recorrido al puntero y que a la postre tan solo podría ser cuarto.

Página a página, imagen tras imagen, mi imaginación iba tejiendo la leyenda sobre el personaje. Y esa leyenda se hizo más grande cuando tuve ocasión de saborear las fotos más queridas de la casa, las de Don Claudio enfundado en la familiar chaquetilla roja y blanca a cuadros de la Cuadra JEM. Ahí está don Claudio, después de ganar con Ray II un 9 de julio de 1964, año en que un servidor vino al mundo. Si comparamos el estilo del jinete con el de unos años antes (1959) a lomos de Abe de Fuego, la evolución es palpable. Claudio está en lo más alto de su vigor físico.



(Fotos colección particular)

Una plenitud de facultades que se muestra en la siguiente escena, la del elegante Carudel volcado en su caballo Damasco, aquel representante de la Cuadra Esperanza hijo de Goyaz y Uganda, que se llevaría el Derby de 1965 por delante de Ricky y el gran Román Martín. Don Claudio, como no, haciendo gala con su fusta de ese inconfundible molinete que tantas veces habré visto con posterioridad en vivo y en directo.

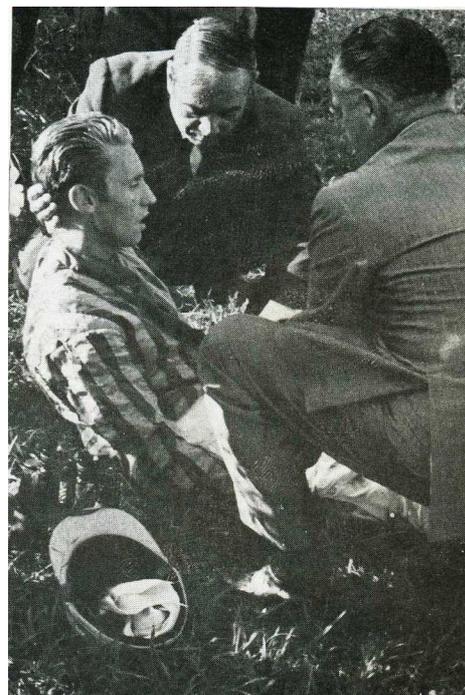


(Foto revista Gran Premio).

Por cierto, ese mismo año Carudel ganaría el Gran Premio de Madrid a lomos del fornido Todo Azul por delante de su compañero de cuadra Damasco. Tengo entendido que Claudio eligió montar a Todo Azul a pesar de los 63 kilos que le tocaba portar y a despecho de las preferencias de su mujer Mari Carmen, que veía más posibilidades en el seguro Damasco...Pero a lo mejor no es verdad.

La vida de un jockey es apasionante. Nadie disfruta más de esa maravilla de animal llamada pura sangre inglés. Y si el éxito sonríe, la vida de un jockey es más que grata. Pero también tiene indudables sinsabores. Al margen de las decepciones profesionales, los accidentes y las caídas están siempre latentes. Bien lo sabemos todos por los dramáticos acontecimientos que nos ha tocado vivir últimamente en La Zarzuela.

Claudio no ha sido inmune a ellas, tal y como muestra la fotografía de la revista Gran Premio en donde se puede observar a un jockey sufriendo sobre la pista donostiarra después de haberse roto la clavícula. Corría el 22 de agosto de 1969. De espaldas, el entrenador Jesús Méndez, responsable de la yegua Prima Donna, del Conde de Villapadierna.



ACTO SEGUNDO.

“He conseguido un sitio en la primera fila de la tribuna de Tribuna, pegado a la barandilla, la única forma de poder ver la carrera delante de los mayores. Estoy nervioso porque nuestros colores están de nuevo sobre la pista. En casa dijeron que el potro va bien, pero ya tuvo que debutar hace un par de meses y no pudo debido a esa terrible enfermedad que llaman bedsoniasis y que ya ha matado a varios caballos. Sir ir mas lejos, que malito ha estado el crack Terborch, también entrenado por Galdeano padre, quien un día me subió a su lomo... ¡Uff, que grande me pareció aquello! Pero vamos a estar atentos, que han levantado la bandera azul y los tres potros están a punto de salir. ¡Ya! Ya se ven, ya se ven... Ay, el alazán ha salido bien pero vaya bandazos, trae a mal traer a los otros dos, Kikuyus y Kasatschok., que este año tocaba “K” en la Yeguada Militar. Parece que se endereza. Va el primero, ya cruzan el paso... ¡Hala Taoro! ¡Hala Taoro!”

Aquel potrillo alazán con nombre de rey guanche, rítmicamente braceado por Carudel, se estiraba de forma portentosa para despegarse fácilmente de sus rivales, que quedaban definitivamente batidos por un rotundo “lejos”. Tiempo de la carrera: 59 segundos 1/5. ¡Vaya con el hijo de Caporal y Ray II! ¡Si va a ser verdad que va a ser mejor que su propio hermano Caray!



(Fotografías colección particular).



Era el 4 de julio de 1971. Y por supuesto, aquel señor famoso tan simpático que iba a mi casa, cuya familia conocíamos y apreciábamos, montaba nuestro caballo y ganaba. Don Claudio, a los ojos de un niño, en un pedestal.

Lamentablemente, no siempre podía estar disponible tan insigne jinete, cuyos compromisos con la potente Cuadra Rosales eran

ineludibles e insalvables. Así que de buenas a primeras, tuve que considerar a tan afamado jinete como un rival. Y mira por donde, me empezaron a resultar algo antipáticos los caballos rojigualdos... Hoy me río de aquellos infantiles sentimientos, más cuando hace poco me he emocionado viendo a mi hijo mayor evolucionar solito con una pony en el callejón de la Venta de la Rubia, un escenario en el que se habrán domado tantos y tan grandes campeones. La Cuadra Rosales, ¡grande entre las grandes!

El caso es que llegó la temporada veraniega de San Sebastián y mira por donde, a Taoro lo montó el otro super jockey del momento, un señor muy serio llamado Román Martín, pura estirpe toledana, eterno rival de Carudel. Y allí se las dimos a los Rosales en el Criterium Nacional, en donde batimos a Kopal... Pero si algo hay que destacar es que Don Claudio siempre ha sido un caballero, tanto en las victorias como en las derrotas, así que no había por qué echar más carbón al fuego. Sobre todo porque cuando me veía encima de un pony en el Monte Igueldo me regalaba otra sonrisa y me hacía el gesto de arrear que yo intentaba emular de la mejor manera posible.



Y ya que estamos ¡Cuánto deben las carreras españolas a Claudio y a Román!

Claudio no hubiera sido lo que ha sido sin el acicate de su gran rival por antonomasia. El toledano le hizo sudar más que nadie, formando ambos el dúo más famoso de la historia del turf español. Conocidos por propios y extraños, la gemela Carudel-Román, Román-Carudel, pues como los Reyes Católicos, “tanto monta, monta tanto”, era la llamada gemela del paleta, una expresión un tanto ordinaria pero bien representativa, pues hasta el más neófito al mundo de las carreras les conocía. Repito ¡Que grandísima contribución al turf la de ambos!

Si damos un salto en el tiempo, podemos ver a la gran pareja sobre dos grandes caballos, El Señor, con los malvas colores de la Cuadra Mendoza y Barilone, de la Cuadra Rosales. Era el Gran Premio de Madrid de 1978. Que bonito final.



(Foto Programa de Carreras de la SFCCE).

Pero volvamos atrás a mis infantiles tiempos, donde era común escuchar que “el mejor caballo de la cuadra es Carudel”. Yo la verdad es que me lo creía a pies juntillas. Por eso nunca entendí la aparición de un caballo llamado Don Claudio. Existió, también propiedad de la Cuadra Rosales. Fue un caballo decente, no un superclase, menos mal, así no tuvo posibilidad de eclipsar a nuestro protagonista. En la siguiente imagen podemos ver ganando a este hijo de La Varende y Claudia el Juan Pagola de San Sebastián, un 22 de Julio de 1973. Por cierto, el segundo puesto fue para Mendi, otra hija de Ray II, esta vez por Vamos II, montada por el hoy entrenador Mariano Hernández. ¡Estos Rosales salían hasta en la sopa!



(Foto colección particular).

ACTO TERCERO.

Una mañana de galopes estábamos dando vueltas en uno de los corros de la pelouse del hipódromo de La Zarzuela. Como buen bisoño, toda mi atención estaba centrada en las órdenes del entrenador, quien uno a uno iba ordenando el trabajo a realizar a cada uno de sus pupilos. Ay madre, ¿seré capaz hoy de hacer lo que me manda el prepa o me iré de caña con el bicho que me ha tocado montar? En fin, la congoja de casi todos los días, solo superada por la enorme afición y las ganas de hacerme gentleman-rider.

Hoy es día de trabajos y tenemos un invitado especial: Claudio Carudel. El domingo monta a dos caballos de la Cuadra Machín. Uno de ellos es el pequeño Yusuf, un Barilone que como buen hijo de Mirveda es un caballito con su carácter, una cualidad que une a las veleidades propias de los potros. Y por allí aparece nuestra figura, cruzando las pistas desde las tribunas. Que honor recibir en el lote a un personaje tan admirado desde tanto tiempo atrás.

El preparador explica el trabajo y uno de los mozos se baja de Yusuf para dar el pie a Claudio. Acto seguido Yusuf y otro de los caballos del lote se dirigen hacia la puerta de los 1.600 metros. Yo miro expectante, pues adivino que de un momento a otro el díscolo Yusuf se dará la media vuelta o hará una de las suyas, en su línea. Pero no, se dirige majestuosa y pausadamente hacia la pista bajo la larga rienda de Claudio, entrando en ella con una tranquilidad pasmosa y arrancando al canter como la seda.

¿Será posible que un caballo sepa en tan poco tiempo de quien se trata? Desde aquel día, mi admiración por Carudel rebasó todos los límites posibles. ¡Vaya clase práctica!

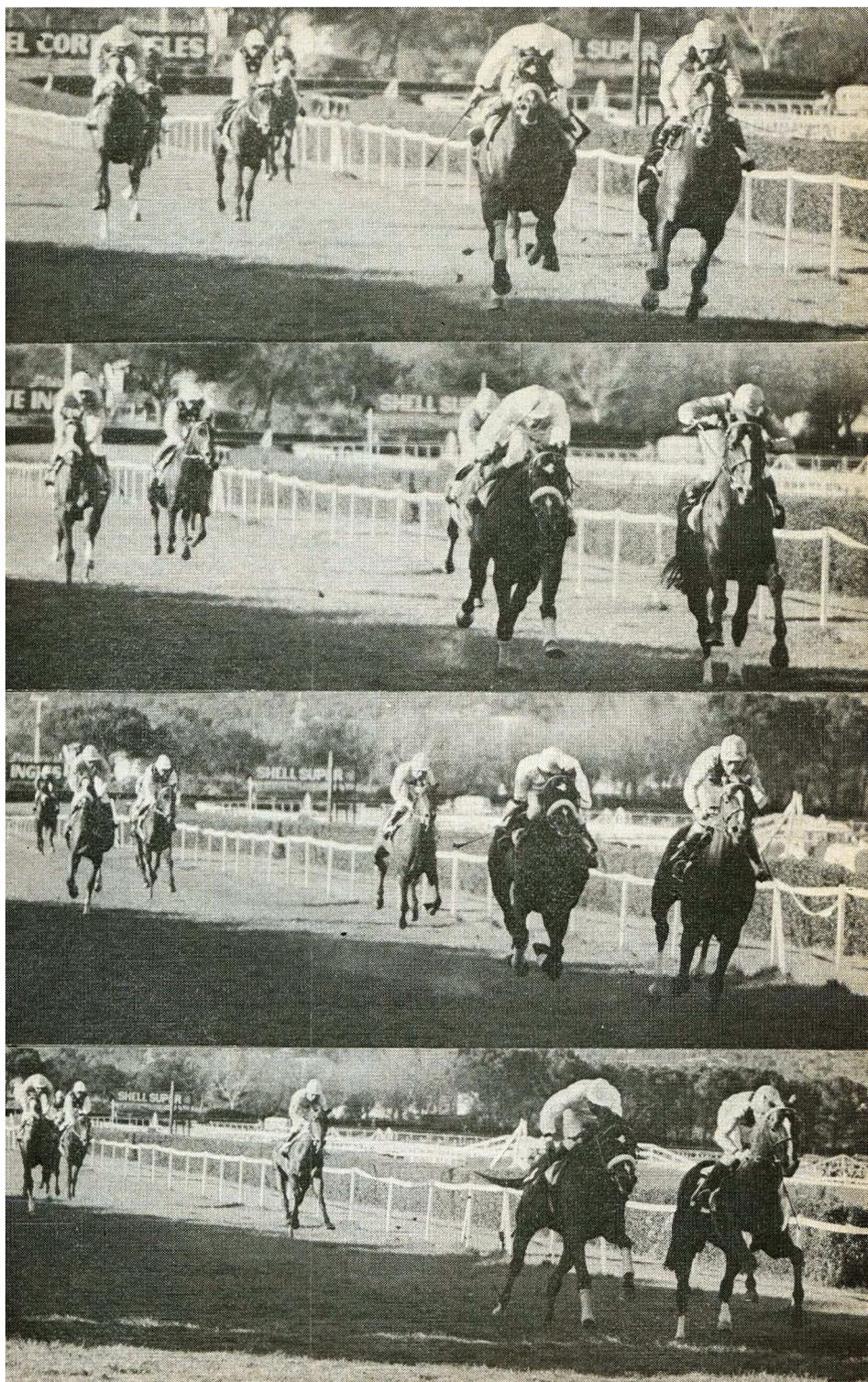
El Carudel que vi ese día ya no era solamente el famoso jockey reflejado en fotos y revistas hípicas, ni tampoco esa persona que en casa siempre habíamos tratado con familiaridad. Aquel era el jinete tantas veces visto en vivo y en directo, vencedor de múltiples estadísticas, jockey de grandes ocasiones y extraordinarios caballos. En suma, un ídolo de la afición.

Era el Carudel que sobre todo había visto vencer con los soberbios caballos de la Cuadra Rosales: My Mourne, Travertine, Chacal, Takala y tantos otros que me gustaría no dejar el olvido. Si los grandes jinetes terminan montando los grandes purasangres, nunca mejores corceles estuvieron acompañados por mejor caballero. Como muestra, la foto de la portada de la revista Caballos y Caballeros, la efímera pero bonita edición que dirigió Enrique Martín. La imagen corresponde al desfile del Gran Premio de Madrid de 1975. Tan solo unos momentos después, Chacal y Carudel se sacarían la espina clavada desde la decepción de la edición del año anterior, tras una épica recta final en donde consiguieron doblegar al chileno de la Cuadra Mendoza Parmus. Si yo hubiera sido caballo de carreras, me hubiera gustado que siempre me montase Carudel. Creo que la expresión de Chacal refleja el mismo sentimiento.



Pero ya que hablamos de Chacal, un caballo que tanto significó en la vida de Claudio Carudel, a mi personalmente me dejó una huella indeleble la preparatoria del mencionado Gran Premio de Madrid, esto es, el Premio Corpa de 1975. ¡Que bonito era el antiguo Corpa con sus 3000 metros! El pelotón partía de las entrañas del Monte de El Pardo, galopaba la larga recta de tribunas, cuesta arriba, y aun quedaba una vuelta completa al circuito. Si se corría a buen paso, una autentica prueba para colosos.

Y Carudel era especialmente terrible para sus contrincantes en las pruebas de fondo. Cuanto mas tiempo para pensar y decidir, mas a su favor. Esas carreras de espera en punta... Quiero pues rememorar con la película fotográfica de la revista Pura Sangre la llegada de un Corpa sensacional: el gran Chacal manteniendo durante toda la recta final el insistente ataque del dúo argentino Cacique Bluff / Zapata merced al braceo de su inmenso jinete. ¡Que llegada!



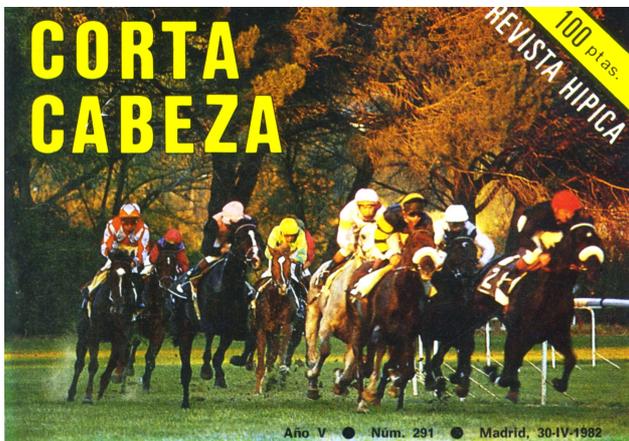
El Corpa, a pesar de ser tradicionalmente una prueba de aliento, ha dado algunas de las más bellas llegadas vistas en La Zarzuela. ¿O no se acuerdan en tiempos mas recientes, el recital de un veterano Carudel a lomos de Casualidad, resistiendo a brazo partido a Kermoss con Tolo Gelabert y a Chayote con el mismísimo John Reid? Ahí queda la imagen de la revista Derby Digest, once años después, en 1986, en el final de la carrera profesional de nuestro gran protagonista.



Pero Claudio dominaba todas las distancias, todos los tipos de caballos. Era capaz de medir el remate de sus monturas con la precisión de un maestro relojero. Y que difícil es eso, créanme. Lamentablemente no pude desplazarme a San Sebastián para ver el Armada Cup de 1986. Pero recuerdo al día siguiente volar hacia el puesto de periódicos para comprar el Diario Vasco y deleitarme junto a mi padre de las glosas sobre la medida monta del maestro sobre La Pantera Rosa y de las imágenes de su rotunda victoria ante nutrida y dura competencia. Que solemne momento el reproducido por la revista Derby Digest: Claudio da un último repaso a las acciones de sus estribos antes de saltar a la pista. La yegua, un cromo.

A MODO DE CONCLUSION.

A lo largo de la trayectoria deportiva, los jockeys montan hijos o hijas de caballos y yeguas con los que unos años antes se ha competido. Una grata experiencia no exenta de su punto amargo, pues es un claro indicativo del paso del tiempo.

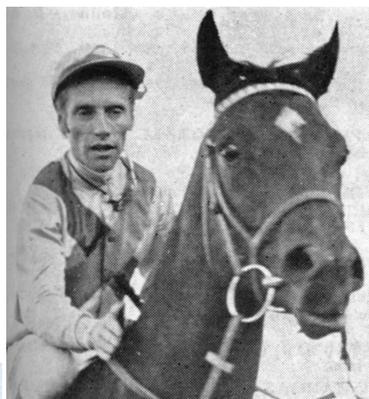


Carudel no ha sido ajeno a ello, llegando a ser portada con los descendientes de los campeones que le derrotaron en su momento, como ocurrió con Carnaval, aquel hijo póstumo del gran Caporal que entrenado por Manolo Garcia se llevó el Villamejor de 1981. En la imagen, la luz otoñal ilumina los últimos metros de la curva de El Pardo cuando el pelotón prepara el último esfuerzo. Carudel está a punto de dar el golpe definitivo con el negrillo.

El paso del tiempo va marcando etapas, carrera a carrera, desde las ilusiones del aprendiz hasta la madurez de un hombre sabio a caballo. Claudio Carudel, como aquel otro alazán de Rosales que algunos recordarán, Old and Wise.



Un paso del tiempo reflejado en tres momentos de la vida de un jockey sobresaliente. La imagen de los sesenta con la mencionada Ray II. (Foto colección particular).



La de los setenta, con Takala, después de ganar un épico Gran Premio de Madrid. La cara del jinete muestra el gran sacrificio de haber dado en la báscula unos increíbles 50 kilos.

(Foto revista Gran Premio).



La de los ochenta, con la extraordinaria Teresa, la gran hija de Takala. La expresión del jockey da buena fe de los años de esfuerzo y dedicación a la profesión.

(Foto revista Derby Digest)

Tres imágenes, distantes pero con un denominador común, el gesto amable a las compañeras de trabajo, la suave caricia de recompensa. El justo final a la labor bien hecha. Ya lo dice el dicho: “Es de bien nacido el ser agradecido”. Un buen jockey no olvida que no gana carreras, sino que monta ganadores. Vale, si, es cierto que a veces el jockey es decisivo, pero ya lo hemos mencionado, el mejor caballo de la cuadra era Carudel...

Para mí, y supongo que para muchos también, Don Claudio Carudel ha representado y representa un auténtico modelo a seguir. Cuanto valor para todos los que quieran llegar lejos como jockey. Y cuanta gratitud de quienes le hemos admirado y le seguimos admirando a pesar del tiempo transcurrido de su retirada como jinete. Por gente como Carudel, nos gustan mucho más las carreras de caballos. Personas como el son las que hacen más bello y más grande al turf.

Así sea.



Fotografía revista BD Turf.